

SECCIÓN HISTÓRICA

EL P. ANTONIO SEPP, S. J.

INSIGNE MISIONERO

DE LAS REDUCCIONES GUARANÍTICAS DEL PARAGUAY

1691-1733

V.—La segunda carta del P. Antonio Sepp. 1701.

Como la primera carta del P. Antonio Sepp de 1692 era un resumen de sus primeras impresiones en una reducción de las célebres Misiones Guaraníticas del Paraguay, escritas un año después de su llegada a ellas, así nos comunica diez años más tarde, a fines de 1701, sus más vastas y profundas experiencias en las diferentes secciones de aquellas reducciones; y si añadimos sus posteriores cartas de 1714 y 1721, tenemos nada menos que la descripción histórica de treinta años de la más grande florecencia de ellas, descripción no oficial, sino de la más genuina sinceridad, una reciprocidad de la famosa obra posterior de Muratori: *El cristianismo feliz*.

Como la primera carta de 1692 es dirigida a sus parientes en Alemania, así la segunda carta a sus antiguos compañeros en religión en Germania Superior, en especial al P. Provincial Guillermo Stinglhaim, el que da licencia para la publicación en Ingolstadt, Baviera, 1709.

Dice el P. Sepp así, en la redacción de esta carta hecha por Davín, Cartas edifs., Madrid. 1755:

Reverendo Padre mío. Pax Cristi.

La misión del Paraguay, una de las más florecientes del Nuevo Mundo, merece ciertamente la atención de V. Rev. y la de todas las personas que se interesan en la propagación de la Fe. Muchos años ha que por gracia de Dios, me dediqué a estas Misiones, y me hallo en estado de *informar* a V. Rev. de las prendas que han de tener los que le instan para ser enviados acá, a tener parte con nosotros en los trabajos de la vida apostólica. Por lo demás trataré aquí solamente de lo que toca a *mis* ministerios, dejando a los otros misioneros el cuidado de participar a sus amigos en Europa lo que pasa en las misiones (o reducciones) que están a su dirección.

(1.—En Yapeyú, 1691-1693) (1)

Se tomó, pocos años ha, la determinación de extender la Fe entre los pueblos infieles, que aquí llaman *Charuas* (a ambos lados del Río Uruguay, cerca

(1) Hacemos estas subdivisiones para hacer más perspicua la relación. Lo puesto en paréntesis son aclaraciones nuestras. (El editor).

de la reducción de Yapeyú). Son casi tan feroces como las bestias, con las cuales viven. Van casi desnudos, y apenas tienen más que la figura de hombres. No es menester la prueba de su barbarie, que la extraña costumbre que observan en la muerte de sus parientes. Cuando llega el caso de morir uno de ellos, cada uno de sus parientes debe cortar la extremidad de los dedos de la mano, o un dedo entero, para mostrar más su sentimiento de dolor. Si sucede que mueran bastantes parientes, y que sus manos estén enteramente mutiladas, pasan a los pies, y cortan también sus dedos, a medida que les quita la muerte algún pariente.

Se pensó, pues, en humanizar a estos bárbaros, y anunciarles el Evangelio. Se eligieron para ésto dos misioneros, llenos de celo y de valor: es a saber, al P. Antonio Böhm, muerto poco ha (1695 en San Carlos) (1), en olor de santidad, y al P. Hipólito Dáctili, italiano. El uno y el otro habían adquirido un gran conocimiento práctico de los indios, con el mucho número de gente del Paraguay, que han convertido a la Fe.

Uno de estos indios, llamado Moreyra, muy acreditado entre sus patriotas, y que entendía bastante el español, se ofreció a los misioneros para servirles de intérprete. Con gusto aceptaron su oferta. Era éste un embustero, que abusaba de la confianza de los misioneros, y que lejos de ayudar a sus intentos, buscaba modo de arruinar su proyecto, y hacer odioso al hombre cristiano. Cuando explicaban los Padres las verdades de la religión a los indios, el pérfido intérprete, en lugar de volver sus palabras en la lengua del país, les aconsejaba que se guardasen de la tiranía de los españoles, y les daba a entender que estos recién venidos no pretendían más que atraerlos poco a poco a sus poblaciones, para entregarlos después a los enemigos de su nación, y hacerlos miserables esclavos.

No fué menester más para enconar sus ánimos contra los misioneros, y ya tomaban medidas para darles muerte. El P. Böhm hubiera sido sacrificado primero a su furor, si un neófito, que le acompañaba, no hubiera detenido el brazo del bárbaro, ya levantado para descargar sobre su cabeza el golpe de una maza. Por disposiciones tan contrarias al cristianismo, juzgaron los Superiores, que no era aún tiempo de trabajar en la conversión de esos pueblos.

Pocos días después de la retirada de estos misioneros, Moreyra, que había con sus artificios hecho dar al traste este proyecto, pareció en mi Pueblo (de Yapeyú), que no está distante del país, habitado por los de su nación. Me vino al pensamiento ganar un alma endurecida, mucho tiempo había, en toda clase de delitos, y cuya aversión al cristianismo parecía invencible. Le obligué con mil muestras de amistad a que viniese a mi pobre choza. Le recibí en ella con ternura; le di *Yerba* del Paraguay, que se toma como el te, y le hice otros regalillos, que sabía yo serían de su gusto.

Estas pruebas de afecto le ablandaron poco a poco, y atraído de mi cariño y liberalidad, me hacía entre semana algunas visitas y me trajo también a su hijo. Luego que pude juzgar que había yo ganado su entera confianza, le puse con eficacia delante de los ojos el deplorable estado en que vivía. Le

(1) Lista del P. Diego González Loyola.

hice conocer, que estando en una edad avanzada, debió aparecer presto en el tribunal del Soberano Juez, de quien no podía esperar sino suplicios eternos, si cerraba todavía los ojos a la luz, que tantas veces le había alumbrado, y si perseveraba en su infidelidad. Al mismo tiempo le di un abrazo, rogándole que tuviese lástima de sí mismo. Ví que se enternece, y al punto le puse a él y a su hijo en manos de algunos neófitos, para que le detuviesen en el Pueblo.

Ahora es otro hombre, enteramente trocado. Viene con puntualidad a la iglesia con los demás fieles. Bien que tiene 60 años de edad, no tiene repugnancia de sentarse con los niños, de hacer la Señal de la Cruz, y aprender como ellos el catecismo. Reza el Rosario con los cristianos. En fin, está tan de veras convertido, que podemos esperar, que su ejemplo influirá mucho en la conversión de sus compatriotas. Le ha seguido ya su mujer con diez familias de la misma nación (de Charrúas), que piden el bautismo, y viven en este Pueblo (de Yapeyú) para aprender el catecismo.

El hijo de Moreyra, agradecido a la gracia, que Dios le había hecho de llamarle al cristianismo, no pensó sino en procurar la misma dicha a los que más quería en este mundo. Fué en persona a buscar a su mujer, y la condujo al Pueblo. Tiene ella un hermano casado en su país, que ha querido acompañarla, y ahora con instancias me pide, que le haga cristiano.

Algunos días después de su arribo, la mujer de este último se puso en mi presencia, medio muerta de cansancio, y de la larga abstinencia que ha guardado. Acercándose me dijo: «Mucho tiempo ha, que deseo ser cristiana, y luego que me abandonó mi marido, no pensé sino venir a este Pueblo donde se halla, para ejecutar mi intento. Pero he tenido la desgracia de agradar a algunos jóvenes indios, quienes teniendo sospecha de mi resolución, no me perdían de vista, y pretendían detenerme contra mi voluntad.

Escapé de noche, y cuando pensaba estar muy lejos de ellos, vi al amanecer que me seguían. Inútilmente corría yo: Estaba ya a sus alcances. Viéndome en tanto aprieto, me eché en una laguna cercana, donde pasé todo el día metida hasta el cuello en el cieno. El temor de ser descubierta, me causaba continuos sustos, y no me dejaba hacer atención a lo que padecía en lugar tan incómodo. En fin, creí que con las sombras de la noche podía salir del pantano, y continuar mi camino con toda seguridad. El Señor, que me libró, y me protegió en tan mala coyuntura, me ha guiado acá, y siento que vuestra presencia me hace olvidar mis fatigas pasadas. Ayudadme, Padre, en la determinación que he tomado, de entrar en el camino de la salvación. Es la única cosa, por la cual aspiro, como es también el único motivo, que os ha determinado a venir a nuestro país».

Valor tan grande en una mujer, es cosa singular. Juzgué que no tenía necesidad de darme otra prueba, para convencerme de la sinceridad de sus deseos; y así luego que se halló instruída, le administré el Santo Bautismo. Corresponde muy bien el fervor de su devoción a la firmeza que manifestó, rompiendo las cadenas, que le hubieran detenido para siempre en la idolatría.

CARLOS LEONHARDT.

(Continuará)